

Los Cuchillos

por Carlos Cerda

... como si estuvieran cayendo todavía, sin quietarse nunca, girando sus puntas brillantes desde el suelo, pero siempre cayendo, porque siguen cayendo, ¿dejarán de caer en mi memoria esos cuchillos?

Antes de esa noche de muerte, cuando la hoja aún no entraba en su herida, yo había caminado el Paseo tantas veces, amansándolo a la mirada del retorno, rumiando ya mi cuento.

¿Cómo no contar una de esas historias que suceden en la promiscuidad del Paseo? ¿Cómo no meter la mano allí para tomar por las orejas una de esas historias, aunque palabee colgando de mi puño? Yo paseaba el Paseo en esa búsqueda, su multiplicación de mercaderías recién brotadas desde el suelo, su multitud de rostros abatidos; paseaba mi oído escuchando la oferta de objetos inútiles, paseaba y repaseaba el Paseo. Perseguía esa historia oculta en el tintinear de las monedas que me llamaban desde el fondo del tarro. ¿O se escondía tal vez en el grito terrible del mudo que cantaba? ¿En la sonrisa eterna de la muchacha que sirve las tacitas de café? ¿Quizás en los ojos de los niños que al alba descubren su desayuno en el fondo de la basura? ¿O en frasquito de perfume que el oficinista le compró esa mañana a la muchacha de la cafetería? ¿Dónde se escondía esa historia?

Lo que nunca imaginé es que la historia del Paseo sería una historia de muerte. ¿Pero no andaba rondando la loba allí, escondida apenas entre los lumazos? ¿No langueteaba ya su veneno de culebra en la cabeza del herido? ¿Acaso no presentía su horror la estudiante pateada en el pasillo de la micro verde? ¿No se sentía ya su filo, fatal como un cuchillo?

Me cansé de perseguir esa historia que me superaba. Deserté y no seguí paseando el Paseo.

Una noche, algún tiempo después, estaba yo en mi casa y de pronto un apagón. En la radio escuché que en ese momento ocurrían incidentes en el Paseo. La total oscuridad —esa noche unánime de Borges— no había anulado a los bandos que combatían. En la penumbra la batalla se encendió como una llamada y después se fue apagando de a poco para entrar también en lo oscuro. Cuando la ciudad reapareció en su océano de luces, el locutor informó que durante los incidentes, en medio del apagón, un carabnero había sido apuñalado por la espalda.

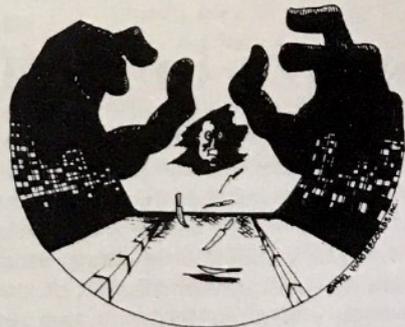
Andaba por ahí la loba entonces, paseando su guadaña en el Paseo. ¿Alguien escuchó el grito en medio de esa noche doble? ¿Se preparó desde la luz el cuchillo, presintiendo su oscuro cómplice? ¿Quién vio la sola sangre, el rojo vivo oculto en la negrura?

Dormí apenas y de mañana volví a pasear el Paseo. Lo recorrí desde temprano, intentando penetrar sus esquivos misterios.

Vi de nuevo a los niños disputando el final del desperdicio; el comienzo del día en el tranco acelerado de los oficinistas; vi levantarse las cortinas de las tiendas, el último bostezo; vi llegar a la limosnera con sus críos, y a los que nunca salen

de su noche: los ciegos de verdad y de mentira, los mudos que tocan guitarras, los guitarristas que piden limosna, los limosneros que portan anuncios, los anunciadores que gritan productos, los productores cesantes engañando sus manos inútiles, los inútiles traficando divisas; los traficantes tomando café; las sonrisas recibiendo propinas. . .

De pronto cambió de color esa parte del Paseo. Venía de verde la amenaza, avasallando como un látigo. Los uniformes se multiplicaron y fue múltiple también la desbandada. Vi el miedo en los ojos de los vendedores, diestros en el arte de desparecer (arte que se practica de muy variadas formas hoy en día) disimulando sus mercaderías en paquetes que se arman de golpe, con el mismo papel que les sirve de vitrina. Desaparecían tras los kioscos, metiéndose el envoltorio entre las faldas o cubriéndolo con el cuerpo contra las paredes de los pasajes, en el confuso transcurrir de esa refriega que dura de la mañana a la noche, que dura semanas, meses dura, años. Esa batalla inconclusa con un bando armado que pierde cada día, mientras el otro, el que cada día se impone, parece condenado para siempre a su derrota que es la batalla misma, ese combate sin pausa y sin victoria. Los sorprendidos en el disimulo o en la fuga tuvieron una nueva derrota en su guerra perdida de antemano. Perdían sus absurdas herramientas, quedaban esparcidos por el suelo los modestos tesoros del mercado prohibido.



Vi como golpeaban a una niña que vendía corbatas, a un hombre con corbata que ofrecía lapiceras, a un muchacho delgado como un lápiz que intentaba salvar sus mariposas de papel, y a una mariposa verdadera volando lejos para huir del revuelo. Corrí hacia el interior de un edificio y cuando lo amenazaba más desde la calle, entré en el ascensor. Ya se cerraban las puertas cuando se coló un hombre flaquísimo que sostenía apenas su paquete clandestino. Reconocí el papel de las vitrinas ambulantes. El rostro del hombre estaba pálido, parecía una continuación de su camisa. Apreté el botón y empezamos a subir. El hombre seguía palideciendo y el sudor lo empapaba. Me pareció interminable la subida. El hombre me miraba desde el fondo de su miedo. Sus brazos cedieron y cayó lento el paquete. Se abrió el papel y entonces los cuchillos. Ahí pasó esa especie de relámpago. A través de su fulgor vi dos ojos pequeños, asustados; vi todo el odio imaginable concentrado en dos pupilas; sentí un dolor antiguo; recordé otra palidez, la nieve larga de mi exilio, mientras seguían cayendo, y seguirán cayendo mientras tenga memoria, esos largos, afilados cuchillos.

CARLOS CERDA, exalumno, perteneció a la ALCIN. Doctorado en Literatura en la Universidad de Humboldt de Berlín. Escritor, dramaturgo y ensayista. Ha publicado el libro de cuentos *Por culpa de nadie*. En 1986 estrenó *Lo que está en el*

aire, drama que tuvo una excelente recepción de crítica y de público en Santiago, y también en Montevideo, Nueva York, Montreal y Toronto. En 1988 su ensayo, *José Donoso: originales y metáforas*.